

V Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata, 2008.

# La noción de derrota en la historia reciente del movimiento obrero argentino .

Ghigliani, Pablo.

Cita:

Ghigliani, Pablo (2008). *La noción de derrota en la historia reciente del movimiento obrero argentino*. V Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-096/570>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/edBm/pmT>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.  
Para ver una copia de esta licencia, visite  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar>.

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

## La noción de *derrota* en la historia reciente del movimiento obrero argentino

Pablo Ghigliani

(CISH/UNLP – CONICET)

### I

La noción de *derrota* cimienta la inmensa mayoría de los estudios sobre la trayectoria del movimiento obrero de los últimos 30 años. Esta ponencia pretende reflexionar sobre su significado y usos. Su punto de partida es una intuición: que el término *derrota* proyecta un falso consenso que inhibe debates necesarios.

Es indudable que el vocablo cumple eficazmente el rol de parteaguas: antes, la historia glamorosa del movimiento obrero en ascenso; después, el retroceso (casi) permanente. Hasta contiene una vocación explicativa: la *derrota* deviene causa de la crisis del movimiento obrero. Sin embargo, las escasas especificaciones existentes en la literatura sobre el contenido y el alcance del concepto revelan un problema. Diferencias de interpretación pasan desapercibidas. Lo que se descuenta es un fenómeno evidente permanece así desconocido. Por ello, este trabajo procura ahondar en las divergencias ocultas tras este aparente consenso. Sobre todo, porque el uso de la noción de *derrota* descansa siempre, aunque más no sea en forma tácita, sobre tres tipos de juicios: sobre sus causas, sobre la naturaleza de la etapa inmediatamente anterior al golpe de estado de 1976, y sobre cómo interpretar el movimiento histórico de la clase obrera.

Para los fines analíticos de esta ponencia, y dejando a un lado matices, los usos del término pueden ser agrupados en torno a tres grandes esquemas:

- 1) El que restringe el fenómeno a la derrota de un proceso revolucionario o un proyecto político de transformación social (Izaguirre et al. 2004; Löbbe 2007; Lorenz 2007; Marín 2007; Sartelli 2003; Sartelli et al. 2004).
- 2) El que subraya la existencia de una derrota histórica de la clase obrera (cuya manifestación material ha sido la pérdida de numerosas conquistas y un importante retroceso de su participación en el ingreso) pero que limita finalmente el análisis al desarme y aniquilamiento de sus expresiones de izquierda (Werner & Aguirre 2007).
- 3) El que subrayando también la existencia de una derrota histórica de la clase obrera, incluye entre los perdedores a sus direcciones reformistas, esto es, a la dirigencia

sindical y al peronismo histórico, aunque más no sea como una derivación lógica del argumento (Abós 1984; Campione 2002; Gilly 1990; Horowicz 2007).

Cada uno de estos esquemas será analizado brevemente a continuación, pero antes, algunas consideraciones introductorias para delimitar la discusión.

## II

Entre la militancia revolucionaria la existencia (o no) de una *derrota* comenzó a ser un objeto de disputa durante la misma dictadura. Un documento del PRT de 1981, por ejemplo, afirmaba que pese a su ferocidad, la represión no había producido una derrota sino un repliegue, y que ya se podían vislumbrar los inicios de una nueva ofensiva de las masas; por el contrario, en opinión de Ángel Fanjul, militante trotskista en el exilio, la derrota sufrida en 1976 explicaba la retirada de la clase obrera, que ya no constituía ni un peligro concreto, ni una alternativa inmediata (Munck 1982). En esos mismos años, en las páginas de las revistas mexicanas *Coyoacán*, *Cuadernos Políticos*, y *Teoría y Política*, era posible encontrar numerosas (y diversas) referencias a la *derrota* (o no) de la clase obrera surgidas de la pluma de intelectuales y militantes adscriptos a diferentes corrientes revolucionarias (Plá et. al. 1984). Puede ser oportuno recordar también el escrito publicado a principios de 1983 por Nahuel Moreno “1982: la revolución triunfante”. En este documento, que se convertiría en la guía política del recién fundado Movimiento al Socialismo, Moreno postulaba que las masas habían sido drásticamente derrotadas por la dictadura contrarrevolucionaria pero que el país asistía a una recuperación de las luchas obreras y populares que preanunciaba una revolución democrática contra el régimen militar. Para este dirigente trotskista, a la innegable *derrota* producida por la dictadura la había secundado, afortunadamente, una pronta recuperación y pase a la ofensiva de la clase obrera.

En lo que atañe al mundo de las ciencias sociales, durante los años ochenta, y desde distintos enfoques, fueron muchos los análisis que recurrieron a la noción de *derrota* para estudiar el impacto de la dictadura sobre los trabajadores (Abós 1984; Horowicz 2007; Gilly 1990; Villarreal 1985). Sin embargo, es necesario recalcar que los intelectuales que fijaron la agenda del debate académico durante la apertura democrática fueron propensos a ignorar la cuestión. Su foco fue lo que se denominó *transición a la democracia*. Estos esquemas analíticos tendieron a difuminar los clivajes de clase, o a condenar a los sindicatos por su corporativismo. En este último caso, el movimiento obrero se equiparaba a otros actores corporativos, y se lo hacía copartícipe del fracaso del sistema político democrático en

Argentina. No hay *derrotas* de clase en estas lecturas; no hay tampoco por añadidura, triunfos de clase. El carácter burgués de la dictadura terminaba desvaneciéndose tras una batería de categorías políticas destinadas a interpretar el fracaso de la república para vaticinar su porvenir (salvo excepciones, presentan esta orientación los artículos reunidos en Oszlak 1984 y Nun & Portantiero 1987; algo de este espíritu trasunta también Cavarozzi 1983).

En este contexto, el aporte de Francisco Delich (1982) acerca del impacto de la dictadura sobre la clase obrera tuvo una fuerte repercusión. Aunque estrictamente hablando, este autor no articuló su interpretación alrededor de la noción de *derrota*, su énfasis en que el golpe de 1976 venía a poner fin a un ciclo histórico del movimiento obrero argentino se le asemejó analíticamente. En los años siguientes, argumentos muy distintos confluían en este punto (por ejemplo, Cavarozzi 1983; Horowicz 2007; Gilly 1990; Lucita 1985; Villarreal 1985). No en vano su trabajo será considerado críticamente como arquetípico de los enfoques que subrayaron la inmovilidad de la clase obrera durante la dictadura y su derrota política (Schneider 2000).

Delich contraponía la etapa 1973-76 (en la que el poder corporativo-sindical habría llegado a su punto máximo) con la etapa 1976-1980 (en la que el poder de los sindicatos habría descendido al mínimo imaginable desde 1950). Su hipótesis principal consistía en que el inmovilismo de la clase obrera y las mutaciones sufridas por la acción sindical iban más allá de la represión ya que respondían a factores que trascendían la coyuntura y modificaban las condiciones estructurales de su acción. Así, destacaba la necesidad de entender este fenómeno a partir de cuatro dimensiones interrelacionadas: la transformación de la estrategia de desarrollo capitalista, los cambios en la composición de la clase obrera (en especial, la disminución en su seno de los trabajadores industriales), la reconfiguración de la clase dominante por medio del proceso de concentración de capital, y los consecuentes cambios operados en la acción estatal orientada por los sectores más reaccionarios y conservadores de la burguesía. Por lo tanto, para Francisco Delich, se trataba de la clausura del modo dominante de acumulación y ejercicio de poder sindical que había ido emergiendo en respuesta al proceso de industrialización sustitutiva; y que por consiguiente, vale aclarar, se trataba de una clausura que afectaba profundamente a la dirigencia sindical toda.

Un puñado de historiadores que cuestionaron este tipo de enfoques, se dedicaron a recuperar el rol jugado por la clase obrera como antagonista de la dictadura y a rechazar la utilización de la noción de *derrota* (Pozzi 1988; Bitrán & Schneider 1992; Pozzi & Schneider 1994; Schneider 2000).

Si en todas estas investigaciones se reconocía que la eliminación de activistas y la reducción de los niveles de organización política y clasista de los trabajadores durante la dictadura tuvo importantes consecuencias sobre la clase, las mismas planteaban la hipótesis de que ello no “constituyó una derrota de la clase obrera y que la resistencia de la misma fue fundamental para lograr la apertura democrática” (Pozzi & Schneider & Wlosko 1996: 101, nota 4).

Para Pablo Pozzi y Alejandro Schneider (1994), por ejemplo, la utilización de la expresión *derrota* forma parte de una aproximación *reduccionista*, ya que en la práctica la lucha de clases establece tendencias pero rara vez triunfos o derrotas. Para estos autores, ese tipo de planteos diluye toda diferencia analítica entre activistas, militantes y el conjunto de la clase. La represión habría logrado separar de la clase a los activistas y militantes (quienes continuaban a la ofensiva), y de este modo, aislarlos y derrotarlos. No obstante, si bien ello tuvo efectos considerables no habría alcanzado a conformar una derrota global: “en este sentido es posible derrotar a la militancia sin derrotar al conjunto de la clase, en la medida que se separen uno de otro” (Pozzi & Schneider 1994: 20). Esto se percibiría, por ejemplo, en el ímpetu con que los trabajadores emprendieron la tarea de recuperar sus organizaciones y conquistas durante 1984 y 1985. El error consiste, afirmaban, en ver a la clase obrera a través del prisma de la militancia: “la militancia y muchos activistas, sienten, correctamente, que fueron derrotados. Sin embargo, muchos trabajadores no tienen el mismo sentir. Por ejemplo, distintos informantes marcaron que si bien 1976 fue duro, fue un momento más dentro de una etapa negra que se inauguró en 1955” (Pozzi & Schneider 1994: 20). Este acento en el *sentir* de la clase, forma parte de su preocupación por la subjetividad y la cultura obrera, temas que han abordado con instrumentos conceptuales diversos (Pozzi & Schneider 1994; Pozzi & Schneider & Wlosko 1996; Schneider 2000). Es necesario subrayar que al poner en primer plano la percepción de sus entrevistados, este enfoque se aleja de las estrategias analíticas seguidas por los tres esquemas mencionados.<sup>1</sup>

Este rápido repaso permite concluir, que independientemente de los esquemas que mencionamos, existen dos aproximaciones generales a la noción de *derrota*. Por un lado,

---

<sup>1</sup> En un trabajo posterior, en el que los aspectos culturales y subjetivos ocupan un lugar secundario, Pablo Pozzi concederá la existencia de una *derrota* del movimiento obrero, pero entre 1991 y 1993 (Pozzi 2006). Su razonamiento es que entre los años 1976 y 1991, la resistencia a los cambios impulsados por la clase dominante fue parcialmente exitosa en preservar formas de organización y en frenar la decadencia de las condiciones de vida. A partir de esa fecha en cambio, año en que son derrotadas las huelgas telefónicas y de ferroviarios, afirma Pozzi, comienza la destrucción de las formas tradicionales de organización de los trabajadores, cae en términos absolutos los niveles de vida, y es posible constatar el agotamiento de formas y expresiones culturales que habían históricamente expresado la resistencia de la clase obrera frente a la explotación y la dominación capitalista. Por último, si antes de esa fecha las acciones de la clase obrera tenían efecto sobre la superestructura política, en adelante no, transformándose en impotentes para ponerle límites a la burguesía. No es el único en hablar de una *derrota* en los inicios de los '90 (por citar dos ejemplos, Piva 2001; Santella 2008).

tanto en Nahuel Moreno como en Pablo Pozzi y Alejandro Schneider, la *derrota* es concebida como un fenómeno coyuntural que marca los vaivenes de la lucha de clases. Por eso, derrota y revolución pueden convivir en un lapso tan corto de tiempo en el argumento de Moreno. Y por el mismo motivo es que para los segundos, el golpe de 1976 no es más que otro jalón, aunque brutal, en la larga secuencia de ataques que sufre la clase obrera desde 1955. En Francisco Delich (1982), en cambio, prevalece la idea de un corte: un antes y un después en las modalidades y ciclos de la lucha de clases en Argentina. Los tres esquemas esbozados, en sus diferencias, comparten este último supuesto y encuentran los motivos de este corte en la existencia de una *derrota*.

### III

El uso de la noción de *derrota* que definimos como propio del primer esquema aflora en dos contextos analíticos distintos. Por un lado, es una preocupación central de los enfoques en los que el papel protagónico es ocupado por la dimensión militar de la lucha de clases (Marín 1984; Izaguirre et al. 2004; Sartelli 2003; Sartelli et al. 2004); por el otro, aparece como una referencia contingente cuyo destino es subrayar la existencia de un proceso revolucionario finalmente derrotado (Löbbe 2007).<sup>2</sup>

En la primera línea argumental, la *derrota* es inicialmente *militar*, y previa al golpe, que la completaría mediante la *derrota moral* producida por el genocidio (Izaguirre et al. 2004). En conjunto, lo que está en juego es la derrota de una fuerza social revolucionaria (o en vías de serlo). Un inconveniente de este enfoque, es que las acciones de masas protagonizadas por los trabajadores acaban siendo opacadas por la excesiva atención dispensada a las organizaciones armadas y la militancia revolucionaria (como bien lo señala Castillo, 2006).

En el segundo caso, aunque el uso del término es puramente circunstancial, lo destacable es que también denota el fin de un proceso (o de un proyecto) revolucionario. En el libro de Héctor Löbbe, por ejemplo, cuando aparece el término, refiere a la interrupción de un incipiente proceso revolucionario socialista impulsado por diversas organizaciones políticas junto a importantes sectores de la clase trabajadora (Löbbe 2007: 16-7).

En cierto sentido, el segundo enfoque es una reacción contra el primero (Werner & Aguirre 2007). Su meta es recuperar el rol protagónico del movimiento de masas contra las miradas

<sup>2</sup> Incluso Federico Lorenz (*Los Zapatos de Carlito*), cuya perspectiva es tan distinta a la de los trabajos que agrupamos en este primer esquema, hace un uso muy similar del término. Aunque su relato se presente como una historia de los trabajadores navales, el libro se circunscribe a los avatares de una agrupación sindical de la Juventud Trabajadora Peronista y a la *derrota* del proyecto político que sus militantes impulsaban (Lorenz 2007: 276).

obnubiladas por las acciones de la militancia revolucionaria (Castillo 2006). La derrota en este caso es entendida como una derrota global de la clase que se expresa en la pérdida de las conquistas históricas (Werner & Aguirre 2007). Ella se manifiesta en el desmoronamiento de los límites que, con relativo éxito, los trabajadores venían imponiendo desde mediados de la década del cuarenta a las prerrogativas de mando del capital. Sin embargo, pueden apreciarse coincidencias con el primer enfoque: en general, las causas de la derrota refieren a factores subjetivos, en última instancia, a la ausencia de una dirección adecuada (o al menos, a sus debilidades). Así, el análisis concreto de la derrota tiende a concentrarse en la represión de la militancia revolucionaria. Se diferencia del grueso del primer enfoque, no obstante, en que el centro de la escena lo ocupan las organizaciones que optaron por una política de masas y fueron reacias a la estrategia armada.<sup>3</sup>

Un punto de vista que fluctúa entre el primer y el segundo esquema, es el que enfatiza la alianza entre la clase obrera y la pequeña burguesía, que constituyó la fuerza social derrotada finalmente por la burguesía (Sartelli 2003). Esta alianza se habría expresado en dos estrategias distintas, una reformista y otra revolucionaria. En ocasiones, el autor parece postular la derrota de ambas; en otras, la misma parece reducirse analíticamente sólo a la segunda. Pero siempre el fenómeno encuentra su explicación última, por un lado, en la debilidad subjetiva del proletariado, cuya manifestación más cabal habría sido el reformismo peronista, y por el otro, en su incomprensión del momento alcanzado por la lucha de clases, esto es, el enfrentamiento armado.

En el tercer esquema confluyen dos vertientes. Una contemporánea de la apertura democrática que entiende a la dictadura, desde enfoques diversos, como una derrota de la clase obrera y el peronismo; una segunda, y posterior, que interpreta a la derrota de la clase obrera como una precondition para acabar con el modelo de industrialización, y que contextualiza el fenómeno mediante datos estructurales. Lo que comparten ambas vertientes, aunque más no sea tácitamente (o como un desprendimiento lógico del argumento general), es que entre los derrotados se encuentra también la dirigencia sindical peronista (aún cuando esta derrota sea el precio de su supervivencia como burocracia dirigente y sea insustancial para definir el significado histórico y político de la dictadura).

Álvaro Abós, un abogado vinculado a la dirigencia sindical, sostuvo una versión descarnada de la primera posición, en la que colapsa toda diferencia conceptual e histórica entre dirigencia sindical reformista, movimiento obrero y clase obrera. Para este autor, el golpe fue una derrota política del movimiento obrero, ergo, de la dirigencia mayoritaria, y por lo tanto

---

<sup>3</sup> Por el contrario, tanto Löbbe (2007) como Lorenz (2007) presentan características afines al segundo esquema.

de la clase. Abós señala: “El movimiento había sufrido el 24 de marzo de 1976 una derrota política. El proyecto que en esa fecha se derrumbó como una fachada carcomida era el proyecto que había asumido como propio. De allí el estado de letargo y profunda desmovilización con que recibió la ofensiva de la dictadura” (Abós 1984: 103). Aún reconociendo la existencia de sectores que mostraron una fuerte afinidad con las fuerzas armadas su trabajo articula una defensa de la dirigencia sindical y se dedica a resaltar su oposición al régimen.

Por la misma época, en un ensayo tan penetrante como escurridizo, Alejandro Horowicz (2007), en cambio, sometía a esta misma dirigencia a una crítica lacerante. Su tesis, sin embargo, que postula la confluencia de dos derrotas en una con el advenimiento del golpe de 1976, la de Isabel Perón y la de la clase obrera, implica, lógicamente, contar a la dirigencia sindical peronista entre las bajas. No obstante, la derrota de la clase obrera no es asimilada a la derrota política de la dirigencia sindical, como en el argumento de Álvaro Abós. Por el contrario, la primera entraña el retroceso de su posición social y económica y el aniquilamiento de las corrientes socialistas que animaron las coordinadoras fabriles durante el Rodrigazo, tarea que impulsa activamente incluso el brazo armado de la derecha sindical. La segunda, es una derrota política vinculada al agotamiento del programa reformista del peronismo. El contenido de la primera es radicalmente distinto, y substancialmente más vasto, y en cierto sentido, constituye el fundamento de la derrota histórica de los sectores populares que se tradujo, para el autor, en el dominio hegemónico incontestado de la burguesa mediante lo que bautiza “democracia de la derrota”.

El eje del planteo de Adolfo Gilly (1990) también es la existencia de una derrota global de la clase obrera a manos de las fuerzas armadas, quienes para asumir la tarea de resolver la crisis de dominación encarnan materialmente el despotismo del capital y extienden la coerción a todo el espacio social. Pero su análisis enfatiza las particularidades de la existencia organizada de la clase obrera en el punto de la producción, que es lo que desafía de hecho la dominación burguesa, aún sin asumir una forma política independiente, y que contribuye al mismo tiempo a la crisis de valorización. Así, si el Cordobazo marcó los inicios de un proceso de ruptura obrera (social aunque no política) al que Gilly parece entender como una reafirmación de sus acciones autónomas (cuya dinámica provenía de sus organismos de base en permanente tensión con la dirigencia sindical), la violencia de la ofensiva burguesa no es en este planteo una variable dependiente de la existencia efectiva de un proceso revolucionario en marcha. Es el poder social de la clase obrera, y su ejercicio, lo que está en cuestión, situación agravada para las clases dominantes por un contexto internacional crecientemente hostil y la

emergencia de modalidades radicales de organización y movilización como en la huelga general de junio y julio de 1975.

La otra vertiente de este tercer esquema aborda la derrota de la clase obrera y de sus cuadros dirigentes como una condición necesaria para la liquidación de un modelo de desarrollo económico que pretendía fundar su dinamismo en la industrialización. Así los datos básicos que rigen sus análisis son la caída de la participación de la clase obrera en el ingreso nacional, la caída del salario real y su dispersión, la reducción del número de trabajadores industriales, la precarización de las relaciones laborales, y más en general, el debilitamiento de las organizaciones gremiales, sobre todo en sus bases, para reformular la relaciones económicas y políticas en el interior de las empresas (Campione 2002). Desde esta perspectiva, serían también las modalidades de organización gremial de los trabajadores argentinos, más que sus orientaciones político-sindicales, el blanco y la razón de la ofensiva burguesa.

#### IV

Un supuesto de este trabajo es que tras el uso de la noción de *derrota* se esconden, aunque más no sea tácitamente, juicios diversos sobre sus causas, sobre la naturaleza de la etapa inmediatamente anterior al golpe de estado de 1976, y sobre cómo interpretar el movimiento histórico de la clase obrera. Estos juicios afectan al mismo contenido del concepto: no hay siquiera coincidencia sobre *qué* es lo que se derrota.

La enunciación de cada uno de los tres esquemas puso de manifiesto algunos de los temas en disputa. Como se desprende de los mismos, quienes encuentran la causa de la derrota en el plano militar alegan la existencia de un proceso revolucionario en Argentina a principios de los setenta. Tienden a coincidir también con esta apreciación los argumentos que encuentran las causas de la derrota en la insuficiencia de la conciencia de clase de las masas trabajadoras o las debilidades de su dirección. En cambio, para quienes apuntan a la reestructuración capitalista como el fundamento material de la derrota, la existencia o no de un proceso revolucionario en marcha es un problema secundario. Es el poder social de la clase obrera lo que desata la reacción burguesa, aunque obviamente la aparición de corrientes revolucionarias en el seno de la clase seguramente explique la violencia de la misma. Por ello, en estos enfoques, la discusión sobre la existencia o no de una ruptura de la clase obrera con el peronismo (si es que abordan el tema), no ocupa el lugar destacado que tiene en los escritos de quienes tienden a privilegiar aspectos subjetivos como causales de la derrota. Aún más, la mayoría de los autores que se inclinan por resaltar el papel que juega la reestructuración

capitalista, reconocen la innegable relación entre la irrupción política del peronismo en la década del cuarenta y el fortalecimiento del poder social de la clase obrera mediante la profundización de su organización en los lugares de trabajo y su influencia sobre la legislación y las políticas sociales.

Sin embargo, en mi opinión, el origen de algunas de las divergencias es más profundo y atañe a cuestiones teóricas que la simple enunciación de los esquemas reseñados no pone en evidencia. Una de ellas refiere al modo en que es conceptualizada la relación entre bases y dirigencia sindical. En especial, la tendencia a escindir ambos niveles adscribiendo una vocación combativa y revolucionaria a los trabajadores de base y una vocación conciliadora y traidora a toda dirigencia reformista. Así, no se establece vinculación orgánica alguna entre ambos niveles y se reducen las luchas por la hegemonía al interior de la clase obrera a un conflicto vertical entre estratos dirigentes y base. En este marco conceptual la categoría *burocracia sindical* domina el análisis. Esta categoría genera más problemas de los que resuelve. Por un lado, rara vez es definida conceptualmente y en los hechos deviene una caricatura que compendia las peores prácticas socio-políticas de la derecha sindical peronista (Ghigliani 2008).<sup>4</sup> Por otro lado, además, más allá de genéricas acusaciones a su reformismo, en realidad es reducida analíticamente a un apéndice funcional de la burguesía cuyo único proyecto es reproducirse. En esta perspectiva, la *burocracia sindical* no representa jamás genuinas aspiraciones e intereses de la clase de los asalariados sino que sólo responde a las necesidades del capital. No tiene, ni puede tener, programa propio; no expresa, ni puede expresar, una estrategia (corporativa) de clase frente a la burguesía. Y si ocasionalmente se involucra en acciones directas es a su pesar: por un instinto de legitimación o porque se ve desbordada por las bases.

Esta simplificación denota un escaso interés por las discusiones teóricas que han abordado las complejas relaciones existentes entre movilización y consentimiento en la dinámica sindical (Offe & Wiesenthal 1992; Hyman 1975, 1978; Kelly 1988). Las mismas posibilitan acercarse al problema de las dirigencias reformistas manteniendo una atenta mirada a las determinaciones que conducen a la formación de verdaderas oligarquías sin que ello lleve a escindirlas y contraponerlas a la clase. Si en la coyuntura puede haber divergencias en los intereses inmediatos de determinadas capas dirigentes y trabajadores de base, si la cúpula sindical puede reemplazar determinados recursos de poder por el apoyo del estado o la acumulación de activos, en el mediano y largo plazo, una dirigencia sin organización y movilización, aunque más no sea potencial, verá seriamente amenazada su reproducción. Por

---

<sup>4</sup> Løbbe (2007: 41) es una excepción dado que define claramente el sentido que le otorga al término.

otra parte, estas versiones simplificadas de la relación entre dirigencia, activismo y trabajadores de base, no sacan conclusión alguna de los numerosos casos en que se invierte la situación y conducciones combativas se enfrentan con la apatía de los trabajadores.

Un avance conceptual en este sentido es el que impulsan las distintas vertientes que continúan, cada una a su modo, la senda teórica del CICOSO (Izaguirre et. al. 2004; Izaguirre & Aristizábal 2000; Marín 2007; Sartelli 2003; Sartelli et al. 2004; Iñigo Carrera 2004). Para ellas, el punto de partida analítico es el enfrentamiento social. Así, conciben la lucha de clases como un proceso de enfrentamiento entre fuerzas sociales que no puede ser reducido a la lucha económica entre burguesía y proletariado. Se trataría, en realidad, de un enfrentamiento entre alianzas sociales en pugna (Izaguirre & Aristizábal 2000: 12-3). Desde esta posición, estos autores critican la reducción de los conflictos al interior de la clase como una expresión de un conflicto entre bases y cúpulas sindicales apuntando a las fracturas verticales en la misma base y reconociendo la existencia de una lucha entre direcciones alternativas que pueden formar parte, además, de distintas alianzas. Más importante aún, esta concepción les permite evitar confundir a la clase con sus expresiones sindicales e institucionales.

Sin embargo, al menos en los trabajos sobre el período en cuestión, se observa una tendencia a presentar a las fuerzas sociales en pugna como entidades claramente delimitadas y diferenciadas. Así, Sartelli et. al. (2004) por ejemplo, afirman que fue una fuerza social revolucionaria compuesta por la alianza entre una fracción de la clase obrera y una fracción de la pequeña burguesía, la que fuera derrotada a mediados de los setenta por la alianza compuesta por el conjunto de la burguesía y las fracciones mayoritarias de la pequeña burguesía y del proletariado. En este tipo de formulaciones, la pretendida superación del esquema dirigencia/bases termina siendo sólo aparente. Sobre todo, porque suelen identificar estas fracciones según la orientación político-ideológica de las direcciones ya que establecer empíricamente la composición de dichas fracciones parece un problema insoluble. Sin embargo, la situación es sumamente contradictoria. ¿Cómo debe interpretarse la proliferación a mediados de los setenta de liderazgos combativos y de izquierda a nivel de comisiones internas dentro de sindicatos dirigidos por conducciones reformistas? Muchos autores han discutido esta situación y recomendado cautela para no sacar conclusiones equivocadas sobre la disposición político-ideológica del conjunto de los trabajadores en estas situaciones (Gilly 1990; Roldán 1978; James 1990; Brennan 1994).

Asimismo, existe cierta propensión en estos enfoques a dividir los campos en pugna como si se tratara de dos ejércitos en combate (y obviamente, que los soldados cambien de bando es poco probable para no hablar de la cuestión del mando y la relación dirección-tropa). De este

modo, proyectan una imagen engañosa que impide analizar la fluidez de los enfrentamientos concretos inter e intra-clase y los ánimos cambiantes de los trabajadores a medida que se modifican las relaciones de fuerza.

Quienes, por el contrario, ponen a la reestructuración capitalista en el centro del análisis, tienden a concebir al movimiento de la clase de manera orgánica, y por lo tanto, no ven en la *burocracia* un obstáculo sino un indicador más del estado real (concreto) de la clase. Como son también indicadores del estado objetivo y subjetivo de la clase obrera a mediados de los setenta: el movimiento huelguístico con fuerte presencia de ocupaciones fabriles, el surgimiento de direcciones alternativas que intentan disputarle la hegemonía a la dirigencia sindical peronista agrupadas en las *62 Organizaciones Peronistas*, la ley de Asociaciones Profesionales de 1973, la ley de contrato de trabajo de 1974 o las conquistas que buscan materializar los distintos gremios a través de los convenios colectivos de trabajo de 1975. Y entre estos indicadores, ocupa un lugar central por sus efectos sobre la gestión de la fuerza de trabajo y el proceso de valorización, el tipo de organización capilar de los trabajadores en sus lugares de trabajo, como lo había puesto ya en evidencia el Congreso de la Productividad inaugurado por Perón en 1953, y lo volvería a demostrar el ataque a delegados y comisiones internas que acompañó la escalada represiva sobre el movimiento obrero a mediados de los setenta.

En lo que concierne a la dirigencia sindical reformista, no se trata de sostener que esta capa dirigente es una expresión pasiva e inocua: es evidentemente un agente de la influencia y la hegemonía burguesa sobre la clase obrera, pero ello no la transforma en externa a la clase. Está claro, como lo atestiguan los años inmediatamente anteriores al golpe de estado de 1976, que cuando se agudiza la lucha de clases, y sus posiciones son amenazadas, importantes secciones de la misma cumplirán activa y violentamente un rol contrarrevolucionario. Pero lo que este enfoque demanda es análisis complejos que reconozcan que dado que la relación capitalista es estructuralmente antagónica, la integración de los trabajadores y sus organizaciones al sistema nunca puede ser completa, lo que limita a su vez la total asimilación de sus capas dirigentes (salvo expresiones minoritarias). Es por ello, que la política laboral de la dictadura no se detuvo en el aniquilamiento de las corrientes revolucionarias sino que estuvo dirigida a llevar lo más lejos posible la desorganización de la clase para facilitar el éxito del proceso de acumulación y disciplinar el campo popular, tanto social como políticamente.

El objetivo de la ponencia ha sido, aunque tal vez corriendo el riesgo de esquematizar demasiado algunas de las posiciones, develar cómo la coincidencia terminológica encubre diferencias semánticas. El significado de la *derrota* no es transparente, tampoco sus causas. Hasta su misma existencia es puesta en duda por algunos historiadores. Otros en cambio cuestionan su periodización (aunque no hemos discutido aquí los motivos). En este trabajo se abordaron, provisionalmente, sólo algunas de las aristas del problema y se discutieron sólo algunas de las diferencias interpretativas. Pero alcanza para poner en evidencia que las mismas no son menores y trascienden largamente el tema en cuestión afectando los modos en que entendemos y escribimos la historia del movimiento obrero. Por ello, es importante debatirlas abiertamente y sin complejos. Esta ponencia pretende ser una contribución a ese debate.

### **Bibliografía**

- Abós, Álvaro (1984) *Las organizaciones sindicales y el poder militar (1976-1983)*, Buenos Aires: CEAL.
- Bitrán, Rafael y Alejandro Schneider (1992) ‘Dinámica social y clase trabajadora durante la dictadura militar de 1976-1983. Estudio de la zona norte del Gran Buenos Aires, en particular de las fábricas Del Carlo y Ford Motors’, en *Nuevas tendencias en el sindicalismo: Argentina-Brasil*. Buenos Aires: Editorial Biblos/Fundación Simón Rodríguez.
- Brennan, James (1994) *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba 1955-1976*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Campione, Daniel (2002) ‘Estado, dirigencia sindical y clase obrera’, <http://fisyp.rcc.com.ar/Dirigencia%20sindical%20y%20clase%20obreroa.pdf>
- Catillo, Christian (2004) ‘Elementos para un 'cuarto relato' sobre el proceso revolucionario de los setenta y la dictadura militar’, *Lucha de Clases* n° 4.
- Cavarozzi, Marcelo (1983) *Autoritarismo y democracia (1955-1983)*. Buenos Aires: CEAL.
- Delich, Francisco (1982) ‘Después del diluvio, la clase obrera’, en Alain Rouquie (comp.) *Argentina hoy*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Ghigliani, Pablo (2008) ‘Dilemas de la democracia sindical: la Federación Gráfica Bonaerense (1966-1975)’, en Alejandro Belkin (comp.) *Relatos de Luchas*. Buenos Aires: Desde el Subte Editorial (en prensa).
- Horowicz, Alejandro (2007) *Los cuatro peronismos*, Buenos Aires: Edhasa.

- Hyman, Richard (1975) *Industrial Relations. A Marxist Introduction*. London: McMillan Press.
- Hyman, Richard (1978) *El marxismo y la sociología del sindicalismo*. México: Serie Popular Era.
- Iñigo Carrera, Nicolás (2004) *La estrategia de la clase obrera – 1936*, Buenos Aires: Ediciones Madres de Plaza de Mayo.
- Izaguirre, Inés et al. (2004) “Hagamos historia. Respuesta a ¿Por qué perdimos?”, *Razón y Revolución*, 13.
- Izaguirre, Inés y Zulema Aristizábal (2000) ‘Las luchas obreras 1973-1976’, *Documento de Trabajo*, 17, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Buenos Aires.
- James, Daniel (1990) *Resistencia e integración, El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946-1976*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Kelly, John (1988) *Trade Unions and Socialist Politics*. London/New York: Verso.
- Lobbe, Héctor (2006) *La guerrilla fabril*. Buenos Aires: Razón y Revolución.
- Lorenz, Federico (2007) *Los zapatos de Carlito*. Buenos Aires: Norma.
- Lucita, Eduardo (1985) ‘Elecciones sindicales y auto-organización obrera en la Argentina’, *Cuadernos del Sur*, 3.
- Marín, Juan Carlos (2007) *Los Hechos Armados: Argentina 1973-1976*. Buenos Aires: La Rosa Blindada – P.I.C.A.S.O.
- Munck, Ronaldo (1982) ‘Reestructuración del capital y recomposición de la clase obrera en Argentina desde 1976’, en Bernardo Galitelli y Andrés Thompson *Sindicalismo y Regímenes militares en Argentina y Chile*. Amsterdam: CEDLA.
- Nun, José y Juan Carlos Portantiero (comps.) (1987) *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*. Buenos Aires: Puntosur.
- Offe, Claus y Helmut Wieselthaler (1992) ‘Dos lógicas de la acción colectiva’, en Claus Offe *La Gestión política*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, España, Madrid.
- Oszlak, Oscar (1984) *Proceso, crisis y transición democrática*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Palomino, Héctor (2005) ‘Los cambios en el mundo del trabajo y los dilemas sindicales’, en *Nueva Historia Argentina, Dictadura y Democracia*. compilado por Juan Suriano, Tomo X, Buenos Aires: Sudamericana.

- Piva, Adrián (2001) “La década ‘perdida’. Tendencias de la conflictividad obrera frente a la ofensiva del capital (1989/2001)”, *Cuadernos del Sur*, 17(32), Noviembre, Buenos Aires.
- Pla, Alberto et. al. (1984) *La década trágica. Ocho ensayos sobre la crisis argentina 1973-1983*. Buenos Aires: Editorial Tierra del Fuego.
- Pozzi, Pablo (1988) *Oposición Obrera a la Dictadura*, Buenos Aires: Editorial Contrapunto.
- Pozzi, Pablo (2006) ‘Crisis y decadencia de la clase obrera’, *Matériaux, pour l’histoire de notre temps*, 81.
- Pozzi, Pablo y Alejandro Schneider (1994) ‘Debatir la Dictadura: la situación del proletariado argentino’, *Dialéctica*.
- Pozzi, Pablo y Alejandro Schneider (1994) *Combatiendo el capital. Crisis y recomposición de la clase obrera argentina (1985-1993)*. Buenos Aires: El Bloque.
- Pozzi, Pablo, Alejandro Schneider y Miriam Wlosko (1996) ‘Cambio social y cultura laboral en Argentina (1983-1993)’, en *Taller. Revista de Sociedad, Cultura y Política*, 1, 1.
- Roldán, Iris (1978) *Sindicatos y protesta social en Argentina (1969-1974). Un estudio de caso: el Sindicato de Luz y Fuerza de Córdoba*. Amsterdam: CEDLA.
- Santella, Agustín (2008) ‘Ciclos de lucha en perspectiva (notas para la discusión)’, *Contribución a la Crítica*, 2/3.
- Sartelli, Eduardo (2003) *La Plaza es nuestra*. Buenos Aires: Razón y Revolución.
- Sartelli, Eduardo et al. (2004) ‘¿Por qué perdimos?’, *Razón y Revolución* 12.
- Schneider, Alejandro (2000) “‘Ladran Sancho...’ Dictadura y clase obrera en la zona norte del Gran Buenos Aires’, en Hernán Camarero, Pablo Pozzi y Alejandro Schneider *De la Revolución Libertadora al Menemismo*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Villarreal, Juan (1985) ‘Los hilos sociales del poder’, en Eduardo Jozami, Pedro Paz y Juan Villarreal, *Crisis de la dictadura argentina. Política económica y cambio social 1976-1983*. México: Siglo XXI.
- Werner, Ruth y Facundo Aguirre (2007) *Insurgencia Obrera en la Argentina. 1969-1976. Clasismo, coordinadoras fabriles y estrategias de la izquierda*. Buenos Aires: IPS.